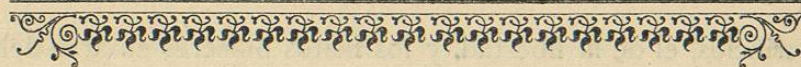


ne de la PONTIFICIA UNIVERSIDAD MEXICANA, tendrá lugar por la noche del jueves 30 del presente mes, en el Salón de Actos del mismo Colegio, y dará principio á las ocho en punto.

México, Abril de 1896."



CAPÍTULO VI.

LAS ORDENES RELIGIOSAS.

I

LAS ÓRDENES RELIGIOSAS EN GENERAL.

LA Iglesia Católica, fundada por el mismo Jesucristo, Hijo de Dios y Redentor de la humanidad, ha sido siempre fecunda en inventar medios que faciliten la santificación de sus hijos, por la práctica de los consejos que se llaman evangélicos y que son dados por su divino Fundador. Es cierto que el hombre, en todo honesto estado puede salvarse, porque Dios providente jamás le falta con su gracia; pero él mismo se ha dignado trazar el camino de la perfección y se digna llamar y escoger á las almas que han de seguirle.

Las almas inocentes y virtuosas buscan medios eficaces para alejarse de una vida sembrada de ocasiones, que ponen á prueba y en peligro su salvación.

Escapar de los múltiples tropiezos que en el mundo se encuentran á cada paso y á que se deben muchas y muy lastimosas caídas; procurar el seguro triunfo sobre el amor propio, sin disminuir por cierto el mérito de las buenas obras, sino antes bien acreciéndolo con el más generoso de los sa-

crificios, el de la libertad, y los lícitos placeres en aras del amor divino, sacrificio gallardamente cantado por uno de nuestros mejores poetas, D. Alejandro Arango y Escandón, en el precioso y delicado soneto, que dice:

“Toma, oh Señor, mi corazón: el lloro
 “Mitiga de mis padres y el quebranto
 “Lejos del mundo, que me pone espanto,
 “A tí me entrego, solo bien que adoro.”
 Dijo la virgen, y la voz del coro
 De sus hermanas se elevaba en tanto.
 Por ella á Dios sobre los santos Santo,
 Fuente de gracias y de amor tesoro.
 Cruzó por medio del concurso mudo,
 Con el velo nupcial la faz cubierta,
 Que ver quiso su madre y ver no pudo.
 Luego cerró tras sí la herrada puerta
 De la austera mansión con golpe rudo,
 Viva á su Esposo y para todos muerta.¹

El celo por la salvación de las almas, llevar la dulce persuasión á los entendimientos; hacerse instrumento de la gracia, ora por medio de la palabra, ora por medio del ejemplo: remediar alguna calamidad moral ó física de la humanidad; ved algunas de las causas que en todos los siglos cristianos han determinado inmediatamente las fundaciones de las órdenes religiosas.

A primera vista, pudiera creerse que las órdenes monásticas no tienen otra ventaja que la santificación de sus individuos, pero no; lo cierto es que *bonum est diffusivum sui*, y es imposible que las almas celestiales y puras que han hallado asilo en los monasterios, no hayan influído con Dios, Moderador supremo de las sociedades, para hacerlo propicio con los pecadores; es imposible que su predicación y su virtud práctica no haya servido á una sociedad menos es-

¹ Algunos versos. México, 1879.

céptica y más tolerante que la nuestra, como poderoso correctivo de los vicios, é imposible es al mismo tiempo que su ascendiente y sus riquezas formadas por la piedad de los pueblos, no hayan proporcionado en manos de la caridad, remedio á las miserias que son el patrimonio de una parte no pequeña de la humanidad.

Con cuánta verdad se expresa la insigne autora de la bellísima obra intitulada “San Francisco de Asís en el siglo XIII,” D^a Emilia Pardo Bazán, cuando afirma en la erudita “Introducción” que: “No hay orden monástica que no encarne y objete alguna idea moral y civilizadora en grado sumo.”

La sociedad en general ha recibido inmensos beneficios de la Iglesia Católica por medio de sus órdenes. A pesar de las luces que nos envanecen, sin embargo de la ilustración de que nos preciamos, es verdad que no estimamos en su justo valor esos bienes; porque nuestras lecturas, no siempre de lo más selecto, nuestra imaginación quizá mal educada, no bastan á reconstruir fielmente las sociedades de los diversos tiempos y en especial de los siglos medioevales en que los elementos de orden, estaban ó dispersos ó confundidos y que sólo la Iglesia estaba en pie suavizando las costumbres y cultivando plantas cuyos sazonados frutos recogerían edades posteriores.

El gran principio de autoridad que es Dios: la subordinación de los poderes que emanan de esa fuente: la avasalladora superioridad de la virtud y de la ciencia: la santa fraternidad evangélica: el fomento de las nobles aspiraciones del humano corazón, ayudado por la gracia: los dulces atractivos de un culto, que es todo amor y belleza: con admirable tino todo esto fué conocido, inculcado, combinado, aprovechado por la Iglesia para civilizar á los pueblos.

Las ciencias y las artes, hubieran padecido el más horroso y completo naufragio en las oleadas de barbarie que

por sí tendían á hundir la civilización antigua: los trabajos de Grecia y Roma y de los primeros siglos cristianos quizá no hubieran servido de nada al poderoso aliento de los sabios del siglo XIII, ni se concibe cómo éstos hubieran preparado en su parte y á su modo el advenimiento del renacimiento de las letras, si la bendita arca de la Iglesia no acogiera con amor á las ciencias, ocultándolas, por decirlo así, en los monasterios, libertándolas de las profanaciones y dándoles siquiera fuese el escaso cultivo que las calamidades de los tiempos permitían.

Poco conocedor de la historia ha de ser, y muy miope para penetrar las íntimas relaciones de los hechos entre sí y con las ideas, el que se atreva á negar ese benéfico influjo que muchos enemigos instruídos é imparciales y sinceros se han visto precisados á confesar paladinamente.

II

LAS ÓRDENES RELIGIOSAS EN MÉXICO.

Conviene ahora indicar, aunque sea á grandes rasgos, los beneficios que México debe á los frailes.

Ya lo hemos dicho: muy dudoso era el porvenir de México vencido por soldados valientes y atrevidos, por hombres sedientos de gloria y de riquezas.

¡Ah! para bien de los mexicanos, tras de esos conquistadores vienen otros; pero muy diferentes de los primeros; su semblante es apacible y cariñoso; sobre su frente no se ve el casco del altivo guerrero, sino el cerquillo del humilde fraile que renuncia á los afeites del mundo y se abraza á la mortificación de las pasiones: su corazón no late á impulso del anhelo de bienes terrenales, sino al dulce imperio

de ardientísima caridad; buscaban otra gloria que la mundana, la de Dios; otra riqueza no precedera, la de la virtud; no trataban de destruir á los indios ni de hollarlos con la planta, sino de descender hasta ellos, y hacer llegar á sus oídos la palabra de Dios, para que renunciasen á las supersticiones del paganismo y recibiesen la fe de Jesucristo.

Base de la moral y de la civilización dignas de este nombre, la verdadera religión, fué ésta el principal punto de mira para los misioneros; la línea es de la religión á la religión; de ahí parten y allá tienden todos sus esfuerzos. *Mensis quidem multa, operarii autem pauci*. La mies no podía ser más abundante, los operarios no podían ser en menor número; pero súplelo todo el ardiente celo que los anima; la activa caridad los multiplica y casi no hay lugar por remoto, por inaccesible que sea, donde no haya pasado un religioso sembrando la palabra de paz y de amor que se llama Evangelio.

Tal abnegación, tal desinterés, tal contraste, debieron atraerse las fecundantes bendiciones del cielo y por esto, como al Divino Maestro las turbas, así á los religiosos rodean las multitudes de los indios que aprenden cantando los misterios de la religión, los preceptos de Dios y de su Iglesia, los sacramentos, las obras de misericordia, para disponerse á recibir las regeneradoras aguas del Bautismo.

No querían limitarse á una ligera noción de los deberes religiosos, y por eso procedieron luego á la fundación de las escuelas. Así se facilitaba á los frailes el estudio de la lengua indígena, y los niños del país aprendían el español, la doctrina, la filosofía y las artes.

No era la primera vez que la palabra filosofía resonaba en el nuevo mundo cuando el P. Fr. Alonso de la Veracruz imprimía sus obras en 1554; ya él y otros, de seguro que habían tenido aprovechados discípulos.

Lo hemos dicho en otro lugar, cada comunidad que iba

estableciéndose en la entonces Nueva España, tenía el cuidado de fundar al mismo tiempo sus colegios.

Hay que advertir que tenían sus propias opiniones filosóficas y teológicas; que casi cada orden formaba una escuela dentro de la filosofía escolástica. Los franciscanos debieron traer muy vivo el recuerdo del doctor sutil: los agustinos, como es natural, debieron ser partidarios del sabio obispo de Hipona: los dominicos, acérrimos defensores del sol de las escuelas Santo Tomás de Aquino; y á su tiempo dejáronse ver los jesuitas disintiendo profundamente de los dominicos en puntos tan delicados como son la conciliación de la gracia y la libertad y la explicación de la predestinación. Es por tanto creíble, que siempre haya habido cierta provechosa emulación entre los diversos colegios, y más que todo, entre los profesores que pertenecían á diversas órdenes religiosas, siendo la ventaja en favor de los alumnos.

En efecto, los discípulos dotados de talento y aplicación, siéntense poseídos de singular entusiasmo, cuando advierten la divergencia de opiniones entre profesores igualmente sabios y acerca de verdades por todos reconocidas; el mismo espíritu de partido aviva el entendimiento, despierta la curiosidad, se piensa, se indaga por propia cuenta, se lee, se consulta; no es raro que el amor innato á la independencia científica los haga un tanto atrevidos en sus ideas, algo irrespetuosos en sus impugnaciones; pero, así se forman las inteligencias y esto es andar por el camino de la filosofía.

Nuestra historia, sin ser ingrata, no puede hacer punto omiso de la memoria de los religiosos á quienes México debe buena parte de su civilización. Las crónicas de los primeros tiempos que inmediatamente siguieron á la conquista; después las historias y por fin algunos trabajos de apreciable erudición como los del Sr. García Icazbalceta, dan elocuente testimonio del celo de los religiosos, á quienes los indios debieron lo más de su libertad, los privilegios con

que los distinguió la corona de España, la religión, la ciencia, las artes.

Sus defectos tendrían, ¿quién no los tiene? Habría algunos religiosos no buenos y hasta perversos, ¿las comunidades se componían de hijos de Adán? Hay defectos propios de la época en que se lamentan; hay otros que no dependen de mala fe sino que quizá son hijos de un celo imprudente, pero celo al cabo. En instituciones humanas y que duran muchos siglos, por fuerza entran algunos individuos que mejor fuera que no hubieran entrado, y más diremos, mejor les hubiera sido no haber nacido, como se expresó Jesucristo acerca de su infiel discípulo. Veamos con juicio sereno las cosas y tomarán un aspecto muy diferente; así lo exige el recto criterio histórico.

